

Euclides Da Cunha

LOS SERTONES CAMPAÑA DE CANUDOS

El hombre (fragmento)

I

Complejidad del problema etnológico en Brasil

Adscrito a las influencias que en grados variables se combinan tres elementos étnicos, la génesis de las razas mestizas de Brasil es un problema que por mucho tiempo aún desafiará el esfuerzo de los mejores espíritus.

Está delineado, apenas.

Mientras tanto, en el dominio de las investigaciones antropológicas brasileñas se encuentran nombres enaltecidos de nuestro movimiento intelectual. Los estudios sobre la prehistoria indígena destacan modelos de observación delicada y concepto crítico brillante, gracias a los cuales, diríase definitivamente afirmado, a despecho del fantástico pensamiento de los constructores del puente Aléutico, el autoctonismo de las razas americanas.

En este bello esfuerzo, coronado por el profundo trabajo paleontológico de Wilhelm Lund, se distinguen el nombre de Morton, la intuición científica de Meyer, la rara lucidez de Trajano de Moura, y muchos otros cuyos trabajos robustecen los de Nott y Gordon en la definición, de una manera general, pero completa, de la América como un centro de creación desligado del gran vivero de Asia central. Se levanta autónomo entre las razas del *homo americanus*.

El aspecto primordial de la cuestión ha quedado, casi, aclarado. Ya resulten del “hombre de la Laguna Santa” cruzado con el precolombino de los “sambaquis”, ya deriven, altamente modificados por ulteriores cruzamientos y por el medio, de alguna raza invasora del norte, del que se suponen oriundos los tupí –tan numerosos en la época del descubrimiento–, nuestros selváticos, con sus sensibles caracteres

antropológicos, pueden ser considerados como tipos evanescentes de viejas razas autóctonas de nuestra tierra.

Aclarada de esta manera la cuestión inicial del origen del elemento indígena, las investigaciones convergieron hacia la definición de su psicología especial, y se reunieron para algunas conclusiones seguras.

No necesitamos revivirlas. Además de faltarnos competencia, nos desviaríamos demasiado del objetivo prefijado. Los otros dos elementos alienígenas, no originaron análogas tentativas. El negro bantú o cafre, con sus diferentes modalidades, fue hasta en este punto nuestro eterno desamparado. Recién en los últimos tiempos, un investigador tenaz, Nina Rodrigues,¹ sometió a un análisis metódico su religiosidad original e interesante. Cualquiera, sin embargo, que haya sido la rama africana trasplantada aquí, trajo, claro está, los atributos preponderantes del *homo afer*, hijo de los parajes adustos y bárbaros, en donde la selección natural, más que en otros cualesquiera, se hace por el ejercicio intensivo de la ferocidad y la fuerza.

En cuanto al factor aristocrático de nuestra *gens*, el portugués, que nos liga a la vibrátil estructura intelectual del celta, malgrado el complicado caldeamiento de donde emerge, está, a su vez, completamente caracterizado.

Conocemos de esta manera los tres elementos esenciales y, si bien imperfectamente, el medio físico diferenciador y, también, si se quiere, bajo todas sus formas, las condiciones históricas, favorables o adversas que gravitaron sobre ellas. Al considerar, no obstante, todas las alternativas y todas las fases intermedias de aquel entrelazamiento de tipos antropológicos de grados dispares en los atributos físicos y psíquicos, bajo las influencias de un medio variable, capaz de diversos climas, que ofrecen aspectos desencontrados y opuestas condiciones de vida, puede afirmarse que poco hemos adelantado. Trazamos todas las variantes de una fórmula, intrincada, traduciendo un serio problema, pero no revelamos todas sus incógnitas.

No basta, evidentemente, para nuestro caso, que, colocados unos frente a otros, el negro bantú, el indio guaraní y el blanco, apliquemos al conjunto la ley antropológica de Broca. Ésta es abstracta e irreducible. No nos dice cuáles son los reactivos que pueden atenuar la influencia de la raza más numerosa o más fuerte, y las causas que la extingan cuando al contrario de la combinación binaria que presupone despuntan tres factores diversos, ligados a las vicisitudes de la historia y de los climas.

Es dicha ley una regla que nos orienta en la indagación de la verdad. Se modifica, como todas las leyes, a la presión de los datos objetivos. Pero aun cuando por extravagante indisciplina mental, alguien intentase aplicarla, desembarazada del todo de la intervención de aquéllos, no simplificaría el problema.

Es fácil demostrarlo.

Abstraigámonos de las numerosas causas perturbadoras, y consideremos los tres elementos constituyentes de nuestra raza en sí mismos, intactas las capacidades que les son propias.

Vemos, de pronto, que, hasta en esta hipótesis favorable, no resulta de ellos el producto único inmensamente a las combinaciones binarias, en una fusión inmediata en que se yuxtapongan o se compendien sus caracteres unificados y convergentes en un tipo intermediario. Al contrario: la combinación ternaria, inevitable, determina en el caso más simple, tres otras combinaciones binarias. Los elementos iniciales no se resumen, no se unifican: se desdoblan, originan un número igual de subformaciones, substituyéndose por los derivados, sin reducción alguna, en confusa mestización, donde se destacan, como los productos más característicos el mulato, el *mameluco* o *curiboca* y el *cafuzo*. Las sedes iniciales de las indagaciones se dislocan apenas, más alteradas, gracias a reacciones que no expresan una reducción, sino un desdoblamiento. Y el estudio de estas subcategorías substituye el de las razas elementales, agravándolo y dificultándolo, desde que se considere que aquéllas comportan, a su vez, numerosas modalidades de acuerdo con los dosajes variables de la sangre.

El brasileño, tipo abstracto que se busca, aún en el caso favorable que más arriba señalamos, sólo puede surgir de un entrelazamiento considerablemente complejo.

Teóricamente sería el pardo, hacia el que convergen los cruzamientos sucesivos del mulato, del *curiboca* y del *cafuso*.*

Ponderándose, sin embargo, las condiciones históricas que actuaron –distintas en las diferentes regiones del territorio–, las disparidades climáticas que en éstas produjeron reacciones diversas –soportadas por las razas constituyentes–, la mayor o menor densidad con que éstas se cruzaron en los diferentes puntos del país, y ateniéndose todavía a la intrusión forzada –por las armas, en la época colonial, y por la inmigración en nuestros días– de otros pueblos, hecho que a su vez no fue y no es uniforme, bien se ve que la realidad de aquella formación es altamente dudosa si no absurda.

Como quiera que fuere, estas rápidas consideraciones explican la disparidad de puntos de vista que reina entre nuestros antropólogos. Esquivándose, en general a la tarea penosa de subordinar sus investigaciones a condiciones tan complejas, sobrestimaron la preponderancia de las capacidades étnicas.

Ahora bien; a despecho de la gran influencia de éstas, y no la negamos, entre nosotros se llevaron hasta la exageración, determinando la irrupción de una media ciencia difundida en un divagar de fantasías estériles, además de osadas. Hay como un exceso de subjetivismo en el espíritu de los que, entre nosotros, en los últimos tiempos, excogitan cosas serias con una volubilidad un tanto ruidosa, dadas las proporciones del asunto. Empiezan por excluir, en gran parte,

los materiales objetivos ofrecidos por las circunstancias mesológicas e históricas.

Más tarde, agitan y entrelazan, y funden las tres razas de acuerdo con los caprichos que los impelen en el momento. Y hacen repuntar de esta metaquímica soñadora precipitados ficticios.

Algunos, con discutible autoridad, afirman, preliminarmente, la función secundaria del medio físico, y decidiendo previamente la extinción casi completa del selvático y la influencia menguante del africano, después de la abolición del tráfico de esclavos, prevén la victoria final del blanco, más numeroso y más fuerte, como término general de una serie hacia la cual tiende el mulato, forma cada vez más diluida del negro, y el *caboclo*, en que se borran, más de prisa todavía, los rasgos característicos del aborigen.

Otros dan mayores amplitudes a sus devaneos: amplían la influencia del último. Y proyectan fantasías que caen al más leve choque de la crítica; devaneos a los que ni siquiera les falta la métrica y la rima, con que invaden la ciencia, como ocurre en los versos de Gonçalves Dias.²

Otros van más lejos. Exageran la influencia del africano, capaz, en efecto, de resistir en muchos puntos la absorción de la raza superior. Surge el mulato. Y le proclaman el tipo más característico de nuestra subcategoría étnica.

El asunto va así, derivando multiforme y dudoso.

Creemos que esto ocurre porque el objeto esencial de estas investigaciones se ha reducido a la indagación de un tipo étnico único, cuando, en verdad, hay muchos.

No tenemos unidad de raza.

No la tendremos, tal vez, nunca.

Estamos destinados a la formación de una raza histórica en un futuro remoto, si lo permite un dilatado tiempo de vida nacional autónoma. Invertimos, bajo este aspecto, el orden natural de los hechos. Nuestra evolución biológica reclama la garantía de la evolución social.

Estamos condenados a la civilización.

O progresamos o desaparecemos.

No la sugiere tan solamente esa heterogeneidad de elementos ancestrales. La refuerza otro elemento igualmente ponderable: un medio físico amplísimo y variable, completado por el variar de situaciones históricas que, en gran parte, resultaron de él.

A este propósito no está de más considerarlo, siquiera por algunos momentos.

Notas:

¹ Profesor de Medicina Legal de la Universidad de Bahía, uno de los primeros estudiosos de los africanos en Brasil. Dedicó a la Guerra de Canudos un trabajo titulado *A Loucura Epidêmica de Canudos (La locura epidémica de Canudos)*, publicado en 1897. Examinó científicamente el cráneo de Antonio Conselheiro.

* Respectivamente, productos del negro y del blanco; del blanco y del tupí (çari-boc, que procede del blanco); del tupí y del negro. Los abarca, como tipo genérico, aunque

de preferencia aplicado al segundo, la palabra *mameluco*, o mejor, *mamaluco*. *Mâma-ruca*, esto es, sacado de la mezcla. De *mâma* (mezclar) y *ruca* (sacar) [Nota del autor].

² Poeta romántico (1823-1864), escribió poemas indianistas y organizó un diccionario tupí. Es uno de los primeros poetas brasileños en exaltar al indio y sus costumbres, y uno de los iniciadores del gran movimiento romántico brasileño conocido como "indianismo".

La lucha (fragmento)

I

Preliminares

Cuando se hizo urgente la pacificación del sertón de Canudos, el gobierno de Bahía andaba a vueltas con otras insurrecciones. La ciudad de Lançoes había sido atacada por una banda de criminales, cuyas incursiones se extendían a Lavras Diamantinas; el poblado de Brito Mendes había caído en poder de otros turbulentos, y en Jequié se cometían toda clase de atentados.

Antecedentes

El mal era viejo.

El trecho de territorio que recortan las cordilleras de Sincorá y de allí las márgenes del San Francisco era, desde hacía mucho tiempo, un dilatado escenario de las tropelías de las gentes indisciplinadas del sertón.

Aquel paraje repleto de espléndidas minas es denunciado por su misma opulencia. Lo buscan, hace doscientos años, inquietos aventureros acicateados por el afán de asombrosas riquezas, y éstos, escruñando afanosamente los flancos de las serranías y las nacientes de los ríos, hicieron algo más que esterilizar la tierra en el arruinamiento de los cateos y el áspero indumento de las grupiaras: legaron a la prole errante y, por contagio, a los toscos vaqueros que los precedieron, la misma vida desvergonzada e inútil, libremente dilatada en la región fecunda, en donde durante muchos años fueron moneda corriente el oro en polvo y el diamante en bruto.

De suerte que, sin que necesitasen despertar por el cultivo las energías de un suelo en el que no se detenían sino el tiempo preciso para la faena desorientada de los cateos, conservaron en la ociosidad turbulenta la índole aventurera de los abuelos, antiguos hacedores de desiertos. Y como, poco a poco, se fueron agotando los cascalhos y ahondándose los filones, el bandolerismo franco se les impuso como un derivativo a la vida indócil.

El *jagunço*, saqueador de ciudades, sucedió al *garimpeiro*, saqueador de la tierra. El mandón político substituyó al *capangueiro*, venido a menos

La transición es, más que nada, un bello caso de reacción mesológica.

Caractericémosla en rápida mirada.

Hemos visto ya cómo se formaron allí los *mamelucos*, bravos y diligentes, interpuestos tan a propósito, en la época colonial, entre el torbellino de las *bandeiras* y el curso de las misiones, como elemento conservador, formando el corazón de nuestra nacionalidad naciente y creando una situación de equilibrio entre la locura de los cateos y las utopías románticas del apostolado.

Aquellos hombres, después de haber esbozado, acaso, el único aspecto útil de nuestra actividad en aquellos tiempos, tuvieron, desde el comienzo del siglo XVIII, cuando se descubrieron las minas desde el Río das Contas hasta Jacobina, peligrosos agentes que si no corrompieron su carácter varonil lo encauzaron hacia lamentables destinos. En efecto, trasmutaron en su contacto con los *sertanistas* venalizados. Éstos venían entonces, del oriente, aterrando a hierro y fuego al salvaje y fundando poblados que, al revés de los ya existentes, no tenían el germen de una *fazenda* de ganado, sino las ruinas de las *tolderías*. Batieron rudamente la región, estacionándose largo tiempo ante la barrera de sierras nueva de Caetité hacia el norte; y cuando las minas agotadas les exigieron máquinas para una explotación intensiva, tuvieron, inmediatamente, más adelante, entre los montes que van de Macahubas a Assuaruá, nuevos parajes opulentos, que los atraían al seno de las tierras.

Los invadieron hasta una nueva barrera: el río San Francisco. La traspusieron, al fin. Adelante, indefinido, se les apareció cavado en los *chapadones* aquel maravilloso valle del río das Eguas, tan aurífero que el oidor de Jacobina, en carta dirigida a la reina María II (1794), afirmaba que “sus minas eran la cosa más rica que nunca se descubrió en los dominios de Su Majestad”.

En aquel punto se asomaban a los límites de Goiás.

No dieron un paso más allá. Se había ultimado una misión deplorable. Por los campos de pastoreo enrojecían, manchándolos, los montones de arcilla revuelta de los cateos aterronados; y de la envergadura atlética del vaquero surgió, temerario, el *jagunço*. Nuestra historia, tan maltratada por indisciplinados héroes, adquiriría uno de sus más sombríos actores. Se hizo la metamorfosis de la situación anterior: junto a la sociedad robusta y tranquila de los camperos, una otra, que se caracterizaba por su nomadismo desenfrenado, por su combatividad bullanguera y por una ociosidad singular surcada de tropelías.

Supongamos que dentro del esqueleto titánico del vaquero estalle, de pronto, la vibractilidal incomparable del *bandeirante* y tendremos al *jagunço*.

Es un producto histórico expresivo. Naciendo de un cruzamiento tardío entre colaterales que el medio físico había diversificado ya, resume los atributos esenciales de unos y de otros, en la actividad bifronte que oscila hoy, de las vaquerías afanosas a las incursiones de los *cuadrilleros*. Y la tierra, aquella incomparable tierra que aun cuando alcanzada por las sequías, desnuda y empobrecida, todavía sustenta sus rebaños en las bajadas salobres de los barreros, lo ampara de la misma manera ante las exigencias de la vida combatiente; le regala en todas partes el salitre para la preparación de la pólvora, mientras las balas, lujosos proyectiles hechos de plomo y plata, allá están incontables, en la galena argentífera del Assuaruá...*

Es natural que desde el comienzo del siglo pasado la historia dramática de los poblados del San Francisco empezase a reflejar una situación anómala.** Y aún cuando en las narraciones emocionantes que la informan se destaquen rivalidades partidarias y desórdenes impunes de una política intolerable de potentados locales, todos los desmanes, surgiendo siempre precisamente en los lugares en que se enseñoreó otrora más activa la sociedad minera, denuncian la génesis remota que esbozamos.

Ejemplifiquemos. Todo el valle del río das Eguas, y hacia el norte, el del río Preto, forman la patria original de los hombres más bravos y más inútiles de nuestra tierra.*** De allí parten a las reyertas más osadas, alquilando su bravura a los potentados, y tienen siempre, culminándolas, el incendio y el saqueo de villas y ciudades, en todo el valle del gran río. Avanzando contra la corriente habían llegado en 1879 a la ciudad minera de Januaria, que conquistaron, volviendo a Carinhanha, de donde habían partido cargados de despojos. De esta villa hacia el norte, la historia de las depredaciones se agranda cada vez más hasta Xique-Xique, legendaria en las campañas electorales del Imperio.

No es posible trazarlas en media docena de páginas. El más oscuro de aquellos poblados posee su tradición especial y siniestra.

Uno sólo, acaso, se destaca bajo un otro aspecto, el de Bom Jesus de Lapa. Es la Meca de los sertaneros. Su conformación original, destacándose en la sierra de cumbres altaneras, que resuenan como campanas; abriéndose en la gruta caprichosa, cuyo interior recuerda la nave de una iglesia escasamente aclarada, teniendo pendientes de los techos grandes candelabros de estalactitas, prolongándose en galerías llenas de viejos osarios diluvianos; y la leyenda emocionante del monje que allí vivió en compañía de un jaguar, lo hicieron el objetivo predilecto de romerías piadosas, convergentes de los más lejanos lugares, de Sergipe, Piauí y Goiás.

Y bien: entre las ofrendas que en considerable número yacen en el suelo y en las paredes del extraño templo, el visitante observa junto a las imágenes y reliquias un trazo sombrío de religiosidad singular. Facones y carabinas.

El carabinero entra allí, contrito, descubierto. Lleva en la mano el sombrero de cuero y el arma a la bandolera. Cae de rodillas, con la frente inclinada hacia el suelo húmedo de calcáreo trasudante... Y reza. Hurga largo tiempo, golpeándose el pecho, sus viejas culpas. Finalmente, cumple devotamente la promesa que hiciera para que le sea favorable al último conflicto que tragara: entrega al Buen Jesús el trabuco famoso, en cuya culata algunos tajos de navaja recuerdan el número de muertes cometidas. Sale aliviado de remordimientos, feliz por el tributo pagado. Se une de nuevo a la banda. Reanuda la vida temeraria.

Pilão Arcado, otrora floreciente y hoy desierto, en la postrera fase de una decadencia que empezó en 1856; Xique-Xique, en donde decenas de años contendieron liberales y conservadores; Macahubas, Monte Alegre y otras, y todas las *fazendas* de sus alrededores delatan en sus viviendas derruidas o perforadas a bala aquel viejo régimen de desmanes. Son lugares en que se normalizó el desorden apuntalado en el bandolerismo disciplinado.

El concepto es paradójico, pero exacto. Porque hay, en efecto, un orden notable entre los *jagunços*. Vanidosos de su papel de guapos mercenarios y batiéndose lealmente por el mandón que los encabeza, convierten los desórdenes en minúsculas batallas en donde entran, militarmente, regimentados.

El saqueo de las poblaciones que conquistan lo tienen como derecho de guerra, y en este punto los absuelve la historia entera.

Fuera de esto, sin embargo, raros son los casos de robos que consideran desaire o indigno baldón. El mercachifle más medroso puede atravesar, inerte, buscando el litoral, aquellas selvas y campos, con las árganas repletas de diamantes y pepitas de oro. No le faltará uno solo al término del viaje. El forastero ajeno a las luchas partidistas, las cruza igualmente inmune.

No pocas veces un vendedor ambulante, siguiendo por allí, con sus cargueros rengueando al peso de las cajas preciosas, se detiene de pronto, temblando, al ver aparecerse un grupo de *jagunços*, acampados en un recodo del camino...

Pero pierde luego el miedo. El cabecilla se le acerca. Lo saluda de buen talante; le dirige la palabra, risueño y chancero, ridiculizando su terror. Después, le exige un tributo: un cigarro. Lo enciende de un solo golpe del yesquero, y lo deja pasar, llevándose intactas la vida y la fortuna.

Son numerosos los casos de este tenor revelando una notable nobleza entre aquellos valientes extraviados.

A unas ocho o diez leguas de Xique-Xique finca su capital el poblado de San Ignacio, levantado entre montañas e inaccesible hasta hoy a todas las diligencias policiales.

Éstas, en general, consiguen pacificar los lugares conflagrados, tornándose interventoras neutrales ante las facciones combatientes. Es

una acción diplomática entre potencias. La justicia armada parlamenta con los delincuentes, pondera las condiciones de uno y otro partido, evita los *ultimatums*, y acaba ratificando verdaderos tratados de paz, sancionando la soberanía del bandolerismo impune.

Así los estigmas hereditarios de la población mestiza se han fortalecido en la misma transigencia de las leyes.

No sorprende, pues, que haya adquirido proporciones, avasallando todo el valle del San Francisco, y desbordado hacia el norte.

Porque el *cangaceiro** de Paraíba y Pernambuco es un producto idéntico, con diferente nombre. Lo distingue del *jagunço*, tal vez, la nulísima variante del arma predilecta: la *parnahyba* de lámina rígida y larga que suplanta la fama tradicional del trabuco de boca de campana. Las dos sociedades hermanas tuvieron, mientras tanto, un largo distanciamiento que las aisló una de la otra. Los *cangaceiros*, en sus incursiones hacia el sur, y los *jagunços*, en sus incursiones hacia el norte, tropezaban, sin unirse, separados por el vallado en declive del salto de Paulo Affonso.

La insurrección de la comarca de Monte Santo iba a ligarlos.

La campaña de Canudos despuntó de la convergencia espontánea de todas estas fuerzas, dispersas y perdidas en los sertones.

Notas:

* Véase *Descripções praticas da Provincia de Bahia*, por el teniente coronel Durval Vieira de Aguiar.

** Cayetano Pinto de Miranda Montenegro, viniendo en 1804 de Cuyabá a Recife, caminando 670 leguas, pasó por Barra do Rio Grande, y en el relato que envió al vizconde de Anadia dice refiriéndose a aquellos lugares que “en ninguna parte de los dominios portugueses la vida de los hombres tiene menos seguridad”. *Lib. 16 Corr. da Corte, 1804-1808*.

*** Quien necesita de *jagunços* en el río San Francisco, los contrata en este gran vivero. La carabina con la munición es el precio: lo demás arreglan fácilmente conforme al valor de la impunidad que la influencia del patrón ofrece. (te. coronel Durval, ob. cit.).

La expedición Moreira César (fragmento)

III

El primer choque: Pitombas

Marchaban en estas admirables disposiciones cuando llegaron a Pitombas.

El riacho que corre allí, recortando profundamente el suelo, ora flanquea, ora atraviesa el camino, interrumpiéndolo, serpenteante. Por fin lo abandona antes de llegar al paraje que le da su nombre, arqueándose en larga curva, un semicírculo casi, del cual el camino es la cuerda.

Por allí tomó la tropa. Y cuando la vanguardia alcanzó el medio, estalló una descarga de media docena de tiros.

Era, al fin, el enemigo.

Algún piquete que rondara la expedición, o que allí la aguardara, aprovechando la conformación favorable del terreno para un ataque rápido, la hirió de soslayo y poniéndose a seguro en los pasos cubiertos de las barrancas del río.

Lo hizo, sin embargo, con firmeza: abatió, mortalmente herido, a uno de los subalternos de la compañía de tiradores, el alférez Poly, amén de seis o siete soldados. Descargó sus armas y huyó a tiempo, escapando a la réplica que fue rápida.

Emplazados los cañones de la división del capitán Salomón da Rocha, la metralla estalló en el macigal rastrero, cuyos arbustos se doblaron acamándose, como al paso de ríspidos ventarrones. Lo barrieron.

Inmediatamente en los aires, resonantes aun por los estampidos, corrió triunfalmente el ritmo de una carga y, destacándose del grueso de la columna, desplegada en tiradores, el ala derecha del 7° se lanzó en dirección al enemigo, hundiéndose en las maciegas, a marcha acelerada, derribándolas a fuerza de bayoneta.

Fue una diversión gloriosa y rápida.

Esquivó el encuentro el enemigo. Minutos después, el ala tornó al grueso de la columna en medio de aclamaciones, mientras el antiguo toque de "trinidad", que era ahora la señal de la victoria, sonaba en vibraciones altísimas. El comandante en jefe, en una expansión de alegría sincera, abrazó al oficial afortunado que diera aquel valiente repellón en el antagonista, considerando auspicioso el encuentro. Era

casi de lamentar tanto aparato bélico, tanta gente, tan lujosa exhibición en una campaña destinada a ser liquidada con media docena de tiros.

Las armas de los *jagunços* eran ridículas. Como despojos, los soldados encontraron sobre la barranca un fusil de retrocarga, liviano, de caño finísimo. Estaba cargada.

El coronel Moreira César, asimismo, montado, la disparó al aire. Un tiro insignificante, de carabina de salón.

—Esta gente está desarmada —dijo tranquilamente.

Y reanudó la marcha, más rápida ahora, a paso apresurado, quedando en Pitombas los médicos y los heridos, bajo la protección del contingente policial y el resto de la caballería. A poco, el grueso de los combatientes se perdió adelante, en rápida avanzada. Se había quebrado esta vez el encanto del enemigo. Los tiradores y flanqueadores, en la vanguardia, batían el camino, embreñándose en las *caatingas*, rastreando a los espías que, acaso, hubiese por allí, arrancándolos de sus probables emboscadas, o procurando alcanzar a los fugitivos, que habían enderezado hacia Canudos.

El encuentro fue un choque galvánico. La tropa a paso redoblado proseguía ahora, bajo la atracción irreprimible de la lucha, en esa embriaguez mental peligrosísima que entontece al soldado doblemente fortalecido por la seguridad de la propia fuerza y la licencia absoluta para las mayores brutalidades.

Porque en un ejército que persigue hay el mismo automatismo impulsivo de los ejércitos que huyen. El pánico y la bravura enajenadas, el extremo pavor y la audacia extrema se confunden en el mismo aspecto. El mismo aturdimiento, el mismo tropear precipitado por entre los mayores obstáculos, y el mismo vértigo, la misma neurosis torturante sacudiendo las filas, y la misma ansiedad dolorosa estimulan y alucinan con idéntico vigor al hombre que huye de la muerte y al hombre que quiere matar.

Porque un ejército antes que nada es una multitud, “acervo de elementos heterogéneos en que basta la irrupción de una chispa de pasión para determinar una súbita metamorfosis, en una especie de generación espontánea en virtud de la cual millares de individuos diferentes se convierten en un animal único, fiera anónima y monstruosa dirigiéndose hacia un determinado objetivo con irresistible finalidad”.

Sólo la fortaleza moral de un jefe puede impedir esta deplorable transfiguración, comandando lúcida e inflexiblemente, hecho una directriz que rectifique el tumulto. Los grandes estrategos, instintivamente, comprendieron que la primera victoria a alcanzar en las guerras está en la destrucción de ese contagio de emociones violentas y esa inestabilidad de sentimientos que con la misma intensidad impele al combatiente a los más serios peligros y a la fuga.

Un plan de guerra trazado a compás de una carta exige almas inertes –máquinas de matar– firmemente encarriladas en las líneas que preestablece.

Lejos de este ideal siniestro, los soldados del coronel Moreira César, éste, en vez de reprimirla, la ampliaba. Iba a convertirse en el exponente de la neurosis. Sobrevino, mientras tanto, la oportunidad para normalizar la situación. Llegaron a Angico, punto predeterminado de la última parada. Se dispuso que allí descansarían. Levantarían campamento a la mañana siguiente, para caer sobre Canudos al cabo de dos horas de marcha.

El ímpetu que llevaba la tropa, sin embargo, tuvo un componente favorable en las tendencias temerarias del jefe. Lo obsediaba el anhelo de irse cuanto antes a las manos sobre el adversario.

El alto en Angico fue de un cuarto de hora apenas, el tiempo indispensable para reunir a los oficiales sobre una pequeña ondulación dominante sobre los batallones jadeantes en derredor, y presentarles, olvidando el axioma de que nada se puede intentar con soldados fatigados, el arbitrio de proseguir en aquella arremetida hasta el poblado.

—¡Compañeros! Como ustedes saben estoy visiblemente enfermo. Hace muchos días que no me alimento; pero Canudos está muy cerca, y vamos a tomarlo. El arbitrio fue aceptado.

—¡Vamos a almorzar en Canudos! —dijo en tono alto.

Le respondió una ovación de la soldadesca. La marcha prosiguió. Eran las once de la mañana. Desplegada en el frente la compañía de tiradores, revolvía las maciegas, de entre las cuales, distantes, estallaban raros tiros, espaciados, de adversarios en fuga, como si tuviesen el propósito de atraerlos con el resto de las fuerzas, denunciando una estrategia astuta, armada para arrastrarla hasta el poblado en aquellas condiciones desfavorables, debilitada y extenuada después de una marcha de seis horas.